

## Un carácter impresionante

El primer libro de Samuel nos contó cómo fue la transición de los Jueces a la monarquía de Israel. Al comenzar el segundo libro de Samuel, es importante recordar que ambos libros se consideran una unidad, por lo que, aunque el segundo inicia como un libro separado, es una continuación del primero.

Ahora, la atención se dirige al reinado de David, el mayor rey de Israel. En el primer capítulo, veremos su carácter y cómo reaccionaba ante las circunstancias. Tras la muerte de Saúl, quien se suicidó en la batalla con los filisteos, el trono queda vacío. A partir de aquí, veremos cómo el reino, conforme a la promesa divina, cae en manos de David.

El versículo 1 dice: “David volvió de haber derrotado a los amalecitas y se quedó dos días en Siclag. Esto sucedió después de la muerte de Saúl. Al tercer día, llegó un soldado que venía del campamento de Saúl. Iba con los vestidos desgarrados y la cabeza llena de tierra. Al ver a David, se arrodilló hasta el suelo e hizo una reverencia. Y David le preguntó: «¿De dónde vienes?» Y aquel soldado respondió: «Vengo del campamento de Israel, de donde me escapé.» David le preguntó entonces: «¿Qué ha pasado? Te ruego que me lo digas.» Y el soldado respondió: «El ejército israelita fue vencido, y huyó. Muchos soldados cayeron muertos, y entre ellos estaban Saúl y su hijo Jonatán.» Y David volvió a preguntar: «¿Y cómo sabes que murieron Saúl y Jonatán?» El soldado respondió: «Por casualidad fui al monte Gilboa, y allí vi a Saúl apoyado sobre la punta de su espada, dispuesto a matarse. También vi que se acercaban carros de guerra y gente de caballería, que venían persiguiéndolo. Cuando él volvió la vista, me vio y me llamó. Yo me acerqué, y él me preguntó quién era yo, y le respondí que era amalecita. Entonces él me dijo: “Te ruego que me mates, porque siento que me domina una gran angustia.” Yo me acerqué y le ayudé a bien morir, porque me di cuenta que ya no viviría después de esas heridas; luego le quité la corona y el brazaletes que llevaba en el brazo, para traértelas a ti, mi señor.»”

Imagina por un momento lo que está viviendo David. Hace poco, estaba siendo perseguido por Saúl, pero Dios ya le había prometido que un día sería rey. Ahora, Saúl ha muerto, y David recibe la noticia de un extranjero, un amalecita... que, además, le miente. Básicamente le dice: "Mira, aquí estoy, soy un siervo leal... ¡yo mismo maté a tu peor enemigo!"

Su estrategia es clara: quiere la simpatía de David. Algo así como: "Mira, eliminé a quien estaba en el lugar que te pertenece, así que aquí estoy para servirte." Pero, claro, detrás de eso hay un interés personal. Está jugando sus cartas, actuando de manera muy política, esperando obtener algún beneficio. Ahora, podríamos pensar que David reaccionaría diciendo: “Bueno, fue la voluntad de Dios” Y a lo mejor hasta podría haber aprovechado la oportunidad para obtener más información de este hombre, algo que le interesara. Pero es impactante observar lo que sucede en el versículo 11, “Entonces David se rasgó la ropa, y lo mismo hicieron los hombres que lo acompañaban. Y todos lloraron y lamentaron lo sucedido a Saúl y Jonatán, y ayunaron hasta el anochecer por ellos y por la derrota de Israel, pueblo de Dios.”

David no puso sus intereses personales por encima de todo. No estaba enfocado en su liderazgo como rey, sino en el bienestar del pueblo de Israel, en el ejército del Señor y recordaba a Saúl y a Jonatán, de quien era su amigo. Luego, David le preguntó al soldado que le había llevado las noticias: «¿Tú de dónde eres?» Y aquel respondió: «Soy amalecita, hijo de un extranjero.» Y David le dijo: «¿Y cómo es que no tuviste miedo de usar tu fuerza para matar al ungido del Señor?»

David no cambia su manera de pensar. No ignora lo que Dios ha decidido. A lo largo de su vida, su éxito y todo lo que ha vivido no han afectado su fidelidad al Señor ni su respeto por lo que Dios ha determinado. Por el contrario, y eso es porque es una persona que teme al Señor. “Dicho esto, le ordenó a uno de sus soldados: «Ven y mátalos.» Y el soldado fue y lo mató, mientras David decía: «Tú eres el culpable de tu propia muerte, pues confesaste haber matado al ungido del Señor.»”

La actitud de David puede parecer demasiado dura por el hecho de que ordenara que el hombre fuese ejecutado en el acto, pero en realidad el hombre que pensaba que iba a ser visto como héroe, confesó de su propia boca ser un homicida, un asesino, y por la ley de Israel merecía la muerte. Así que él terminó entregando su propia vida para recibir juicio de parte del propio David, que conocía la ley de Dios. Observa además lo que ocurre aquí en la actitud de David: él no se congratula en la muerte de Saúl, no corre para intentar recibir, tomar o apropiarse del reino. Él sabe muy bien que el reino sería dado por Dios, así que de ninguna manera David intenta hacerse con el reino por la fuerza. Por el contrario, se queda triste y molesto por la muerte de Saúl y de Jonathan.

Es tan impactante que, al final del primer capítulo de 2 Samuel, encontramos una lamentación en forma de poesía, muy bien estructurada, donde se expresa el profundo dolor, el lamento y la tristeza de David por lo sucedido. El texto nos dice que David cantó dicho lamento. El lamento es denominado “Cántico del Arco” y es registrado en el libro de Jaser, un libro que desconocemos el cual es mencionado aquí también en la apertura del segundo libro de Samuel.

Y entonces, a través de líneas poéticas extraordinarias, David presenta su cántico de lamento. “¡Que no lo sepan en Gat, ni lo anuncien en las plazas de Ascalón! ¡Que no se alegren las filisteas, ni salten de gozo las hijas de incircuncisos!” Vemos preocupación por el sentimiento de triunfo de los enemigos debido a la muerte del rey de Israel, aunque su reinado hubiera sido controvertido. Seguimos adelante con la lectura de este primer capítulo del segundo libro de Samuel.

“¡Que no caiga sobre ustedes, montes de Gilboa, ni rocío ni lluvias que fertilicen tus campos! Porque allí cayó el valiente Saúl con su escudo, como si no hubiera sido ungido como rey. Nunca Jonatán retrocedió con su arco, ni Saúl con su espada rehuyó el ataque.” Es interesante que David mencione a Saúl. Pudo haberlo omitido por su pasado conflictivo, pero no lo hizo. Y el versículo 23 resalta su relación con aquella familia: “¡Querido Saúl! ¡Amado Jonatán! ¡Inseparables en su vida; unidos en su muerte! ¡Eran más ligeros que las águilas y más fuertes que los leones! ¡Lloren por Saúl, mujeres de Israel! ¡Él las cubría con finos vestidos de escarlata, y las adornaba con joyas de oro!”



[Misión 2 Samuel – Capítulo 1]

Autor: Luiz Sayao

Al final, menciona a Jonatán dos veces y expresa su profunda amistad con él: "¡Cuánto me angustia tu muerte, mi hermano Jonatán! ¡Dulce y maravillosa fue para mí tu amistad! ¡Tu amor superó al amor de las mujeres!" Así concluye este lamento por Jonatán, Saúl y la pérdida de Israel. Vemos cómo el futuro rey de Israel, moldeado por conflictos y pruebas, desarrolló un carácter impresionante por la gracia y bendición divina.